3. Cualquier tiempo pasado fue mejor: añoranzas y presagios en la literatura interbélica de Bettauer, Roth y Zweig

DAVID PÉREZ BLÁZQUEZ
Universidad de Alicante
Grupo de Investigación MHISTRAD
davidperez@ua.es

3.1. Introducción

Desde nuestro presente es difícil figurarse cabalmente cómo fue la hecatombe de la Gran Guerra y cómo estigmatizó a los supervivientes hasta el final de sus días. Podemos repasar los libros de Historia y las frías estadísticas del pasado, pero lo que en realidad nos acerca con gran exactitud al sentir de aquella época son las novelas, los diarios, los poemas, la música, el cine o los cuadros que surgieron de los presagios, testimonios y recuerdos de aquella pesadilla.

En esta contribución ponemos en común el relato de tres representativos autores austrohúngaros (Hugo Bettauer, Joseph Roth y Stefan Zweig) para quienes la Gran Guerra supuso el fin de una época, de una forma de vida, pero también el fin de su mundo interior. En primer lugar, daremos algunas claves sobre el cronotopo al que se refieren sus obras, en particular sobre ese «tiempo pasado» que fue mejor que aquel que dejaron la Gran Guerra y los consiguientes tratados de paz. A continuación, esbozaremos un breve perfil biográfico de cada escritor para comprender mejor sus actitudes vitales y literarias y, finalmente, comentaremos la obra más representativa de cada uno en relación con el periodo interbélico, a fin de mostrar su visión particular del mundo tras la guerra.

3.2. Un contexto común: de la *belle époque* a la posguerra vienesa

Las obras que vamos a tratar comparten unas coordenadas espacio-temporales en torno a la Primera Guerra Mundial y ponen de manifiesto el cambio radical que se produjo en la sociedad centroeuropea al término de la misma. Conviene, pues, fijar contextualmente sus relatos, empezando por conocer cuál era la situación de Austria-Hungría y, en concreto, de su capital cisleitana, Viena, justo antes de que explotase el conflicto armado.

3.2.1. La preguerra

Los albores del siglo XX constituyen uno de los momentos más paradójicos de la historia de Europa. Antes de la guerra, el continente se encontraba en el apogeo de su poderío, y los europeos se repartían el mundo con sus imperios coloniales. El siglo anterior, especialmente el último tercio del XIX, había traído un bienestar material y un progreso cultural sin precedentes. Habían sido, en efecto, años de expansión imperialista, de fomento del capitalismo y la economía de consumo, de lucha por la igualdad de derechos (sindicalismo, socialismo, feminismo, etc.) y de fe en la ciencia y el progreso como benefactores de la humanidad; además, los avances tecnológicos generaban transformaciones económicas y culturales que influían en las formas de vida de todos los estratos de la población.

Los pueblos de Austria-Hungría, como los de Rusia, aun careciendo de libertad política, vivían en condiciones más o menos civilizadas y bajo una administración relativamente racional. La sociedad se regía por el sistema de clases y las desigualdades sociales estaban muy presentes. Aunque el sector de la agricultura seguía siendo la base del continente, cada vez más gente abandonaba su vida en los pueblos para acudir a las fábricas de la ciudad. El fenómeno migratorio trascendía las fronteras internas: de la llamada «Europa atrasada», que solía coincidir con la periférica, partían numerosos emigrantes en busca del sueño americano, como pondría de manifiesto Roth repetidas veces en *La Cripta de los Capuchinos* (1939).

El antiguo Imperio austrohúngaro poseía en vísperas de la Primera Guerra Mundial una población de unos 53 millones de habitantes, se extendía a lo largo de 13 de los actuales países europeos y congregaba a multitud de etnias. Se consideraba una de las grandes potencias europeas y mundiales gracias a su empuje económico y a su prestigio cultural, artístico e intelectual, proyectado ante todo desde la capital austriaca. Viena había experimentado durante el siglo XIX un crecimiento demográfico sin precedentes, pasando de tener unos 300.000 habitantes a comienzos de siglo a alcanzar en 1910 los 2.100.000, su máximo histórico. Durante la segunda mitad del siglo XIX, tras la coronación del emperador Francisco José (1830-1916) en 1848, Viena también conoció un periodo de desarrollo arquitectónico y cultural, conocido como la *Ringstrassgen-Ära,* en el que la ciudad comenzó a adoptar un aspecto de metrópoli monumental. El esplendor de aquella época, su clima de optimismo y confianza, se idealizaron hasta constituir el «mito habsbúrguico» cantado y añorado por autores como Grillparzer, Rilke, Kraus, Werfel, Zweig o Roth.[1] Era también la *Kakania* que satirizaría años después Robert Musil en *El hombre sin atributos* como una reflexión sobre las paradojas de la modernidad, sobre la crisis del racionalismo y sobre la aristocrática decadencia vienesa.[2]

Fue entonces cuando la burguesía judía de Viena adquirió protagonismo, entre otras cosas, tomando el relevo del mecenazgo artístico que tradicionalmente habían asumido la casa imperial y la aristocracia, y que ahora no despertaba el menor interés en el emperador Francisco José. Prácticamente toda la cultura vienesa del siglo XIX era una cultura promovida, alimentada e incluso creada por la comunidad

1 En palabras de C. Magris (*Il mito absburgico nella letteratura austriaca moderna,* Turín, Einaudi, 1963), en el mito habsbúrguico confluyen muchos componentes: la idealización del Imperio como armónica entidad supranacional y universalista; el sentido del orden y de la jerarquía; el emperador Francisco José, que era símbolo y garante de aquel orden; una visión hedonista y epicúrea de la vida, cuyo epicentro era Viena…

2 R. Musil, *Der Mann ohne Eigenschaften,* Berlín: Rowohlt, 1930-1943.

judía de Viena. Esta misma idea fue la que esgrimió Bettauer en *La ciudad sin judíos* (1922) contra aquel odio antisemita que iba ganando adeptos entre los vieneses y que dos décadas después adquiriría su más terrible expresión bajo el régimen nazi.

En definitiva, tanto en Austria-Hungría como en el resto de Europa se celebraba la paz, la prosperidad y la hegemonía en el orden político mundial. Nadie podía imaginar un final tan desgarrador para la época de mayor avance tecnológico, económico, artístico, intelectual y social que había vivido Europa hasta el momento. Nadie recordaba ya el hambre, la peste o la guerra. Tras un siglo relativamente tranquilo, con la salvedad del conflicto franco-prusiano, la idea de una guerra era para muchos europeos algo casi inconcebible. La paz, aunque fuese una «paz armada», parecía completamente consolidada: en las calles se leía *¡Abajo las armas!* (1889), de la irenista Bertha von Suttner, y entre 1899 y 1907 se había fraguado el Tribunal de La Haya, de modo que la contienda entre países civilizados no parecía una opción real. No en vano, la nostalgia haría recordar aquellas décadas previas al baño de sangre como la *belle époque.*

3.2.2. La Gran Guerra (1914-1918)

Pero esa situación de seguridad y bienestar duró hasta el verano de 1914. Entonces se desató la guerra y, con ella, un delirio de autodestrucción que, con la tregua de entreguerras, se extendería hasta 1945. A la Primera Guerra Mundial, también llamada la Gran Guerra por ser la más grande sufrida hasta el momento, siguieron tres décadas en las que se produjo la mayor carnicería que habría de experimentar Europa en toda su historia.

Los historiadores coinciden en que la Primera Guerra Mundial tuvo sus causas principales en el nacionalismo, la rivalidad económica, las luchas por el poder en las colonias, los miedos mutuos, el militarismo y una serie de crisis que crearon tensiones entre las potencias.[3] Lo cierto es que se desencadenó una sucesión de hechos y convergieron múltiples factores. Concurrieron también varias potencias europeas que solo buscaban satisfacer sus propios intereses y que, con tal de conseguirlo, estaban dispuestas a enfrascarse en una guerra. Los dirigentes políticos vieron en la contienda una posibilidad, pero cometieron la pasmosa imprudencia de no ser conscientes de los costes que tenía una guerra moderna; les pareció razonable meterse en una disputa que, redimensionada por los sistemas de alianzas y por la tecnología armamentística, acabó teniendo unos resultados sorprendentes, apabullantes de tan «irracionales» como fueron.[4]

A la vista de esos resultados, hoy podría extrañarnos que Austria-Hungría, como otras potencias, celebrase el estallido de la guerra con tanto entusiasmo y alegría. El conflicto se vivió ciertamente como un acontecimiento que fusionaba al individuo con la colectividad, como una fiesta que lo liberaba de la vida rutinaria a la que le obligaba la sociedad industrial. El motivo aparece en las obras de Roth y de Zweig que presentamos aquí, si bien es este último autor quien lo describe con mayor detalle:

3 M. MacMillan, *The War that Ended Peace. How Europe Abandoned Peace for the First World War,* Londres: Profile, 2013.
4 C. Clark, *The Sleepwalkers. How Europe Went to War in 1914,* Londres: Allen Lane, 2012.

> «Los trenes se llenaban de reclutas recién alistados, ondeaban las banderas, retumbaba la música y en Viena encontré toda la ciudad inmersa en un delirio. El primer espectro de esa guerra que nadie quería, ni la gente ni el gobierno, aquella guerra con la que los diplomáticos habían jugado y faroleado y que después, por chapuceros, se les había escurrido entre los dedos en contra de sus propósitos, había desembocado en un repentino entusiasmo. Se formaban manifestaciones en las calles, de pronto flameaban banderas y por doquier se oían bandas de música, los reclutas desfilaban triunfantes, con los rostros iluminados, porque la gente los vitoreaba, a ellos, los hombrecitos de cada día, en quienes nadie se había fijado nunca y a quienes nadie había agasajado jamás [...]; miles, cientos de hombres sentían como nunca lo que más les hubiera valido sentir en tiempos de paz: que formaban un todo [...], que participaban en la Historia Universal, que vivían una hora irrepetible y que todos estaban llamados a arrojar su insignificante "yo" dentro de aquella masa ardiente para purificarse de todo egoísmo. [...] Todos los individuos experimentaron una intensificación de su yo, ya no eran los seres aislados de antes, sino que se sentían parte de la masa, eran pueblo, y su "yo", que de ordinario pasaba inadvertido, adquiría un sentido ahora».[5]

Por otro lado, si antes nadie había esperado que hubiese guerra, luego nadie contaba con que durase tanto. Recuérdese que la invención de la ametralladora había mejorado la labor de defensa frente al atacante y hacían que los frentes quedasen atascados en sus trincheras. Era, en efecto, la «guerra de trincheras», la guerra de desgaste que estigmatizó de por vida a sus supervivientes y que plasmaron fidedignamente películas como *Senderos de gloria* (Kubrick), pinturas como *Trincheras* (Otto Dix) o novelas como *Sin novedad en el frente* (Remarque).[6]

3.2.3. La posguerra vienesa

Con el final de la Primera Guerra Mundial se desintegra el Imperio austrohúngaro y se proclama la Primera República de Austria. Por primera vez, los austriacos de lengua alemana se ponían bajo un gobierno democrático y constitucional. El mundo había cambiado, y en la capital danubiana, que ahora resultaba demasiado grande para las reducidas dimensiones de su nuevo Estado, «el vals burgués dio paso a nuevos ritmos populares».[7] La desastrosa situación económica que había dejado la contienda sacó a la luz profundos desequilibrios sociales. Con una población de dos millones de personas y unos elevadísimos índices de desempleo, Viena se encontraba arruinada y a la deriva, con catervas de mutilados y refugiados de guerra deambulando por sus calles, una burguesía desorientada y unos agitados y conflictivos movimientos obreros que reclaman los derechos de una clase trabajadora muy numerosa.

5 S. Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo,* trad. J. Fontcuberta y A. Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2004, pp. 285 y s.
6 La expresión de la guerra en distintos escritores y artistas plásticos ha sido recientemente estudiada en publicaciones como Pilar Martino y Miguel Á. Vega (coord.), *La Gran Guerra en la literatura y las artes. Análisis de testimonios,* Madrid: Ommpress, 2018.
7 J. A. Blasco, «La Viena Roja y la vivienda como utopía social: el caso de las Höfe», en Urban Networks, 1 de abril de 2012, en línea: <http://urban-networks.blogspot.com/2012/04/la-viena-roja-y-la-vivienda-como-utopia.html>.

Durante los primeros años de política se disputarían el poder los socialdemócratas frente a los socialcristianos y los partidos de la burguesía. La victoria del Partido Socialdemócrata Obrero Austriaco en las elecciones de Viena dio inicio a un periodo de 16 años conocido como la «Viena Roja» *(Rotes Wien)*. Este periodo finalizó en marzo de 1933 cuando el canciller, el socialcristiano Engelbert Dollfuss, disolvió el Parlamento, prohibió los partidos e instauró en Austria un régimen autoritario conocido —según sea la tendencia política de la fuente historiográfica— como Estado corporativo *(Ständestaat)* o «austrofascismo». Las crisis económicas habían azotado duramente a la población. Era una época de carestía y de odio antisemita. Entretanto, los nazis austriacos se habían reforzado y organizado, exigiendo un fascismo más germánico y subordinado a Alemania. En su afán de tomar el poder dieron un golpe de Estado en 1934, que, si bien fracasó, se cobró la vida del canciller Dollfuss. Finalmente, en 1938, se produjo la anexión de Austria a la Alemania nazi, y Viena pasó a ser, hasta 1945, una provincia del Tercer Reich, la Marca Oriental *(Ostmark)*.

En definitiva, la guerra y sus consecuencias, derivadas de las medidas impuestas a esta potencia perdedora por los Tratados de Versalles y de Saint-Germain-en-Laye, produjeron un viraje brutal en la forma de vida y en las mentes de quienes habían vivido el sosiego alegre de otros tiempos. Si la experiencia en el frente había impedido a una generación de jóvenes reintegrarse con normalidad en la vida civil —aquella generación perdida, «destruida por la guerra pese a haber sobrevivido a la metralla», en palabras de Remarque[8]—, ahora el repentino y tremendo cambio hacia un futuro incierto y poco esperanzador llevaba a muchos autores a crear varias de sus obras, haciéndolas servir como advertencia, como denuncia, como testimonio, como confesión, como intento de comprender, como un grito de auxilio desesperado ante un mundo que volvía a hundirse, tal como veremos con los ejemplos de los tres autores elegidos.

3.3. Hugo Bettauer (1872-1925)

Hugo Bettauer, periodista, escritor y guionista judío, nació en 1872 en el seno de una familia acomodada en Baden, ciudad balnearia próxima a Viena. Fue un adolescente díscolo, compañero de clase de Karl Kraus, otro famoso escritor y periodista austriaco. Viajó por medio mundo. A los 16 años se escapó de casa, llegó hasta Alejandría y de allí lo devolvieron a Viena. Con 18 años, en 1890, se convirtió al protestantismo, modificó ligeramente su apellido de nacimiento (Betthauer significa «golpeacamas») y se alistó voluntario para realizar el servicio militar en el Regimiento de Infantería del Ejército Imperial *(Kaiserjäger)*, que abandonó a los cinco meses por desavenencias con sus superiores. Esta actitud provocadora, agitadora de la sociedad vienesa finisecular y de entreguerras le acompañaría toda la vida.

Vivió en Suiza y en Alemania, emigró en dos ocasiones a EE. UU. y en 1910 volvió a Viena, donde empezó a trabajar como periodista. Entretanto, se había casado un par de veces y había tenido dos hijos, uno de los cuales acabó en los campos de exterminio nazis. Inmediatamente después de la guerra, Bettauer trabajó como

8 E. M. Remarque, *Im Westen nichts Neues [Sin novedad en el frente]*, Berlín, Propyläen Verlag, 1929.

corresponsal para los periódicos de Nueva York. A partir de 1920 se convirtió en un escritor de *bestsellers*, especializándose en novelas policíacas con compromiso social. En 1922 publicó su novela más famosa, *Die Stadt ohne Juden [La ciudad sin judíos]*, en la que describe cómo se desarrollaría Viena si todos los judíos tuvieran que emigrar. El antisemitismo se dejaba ver cada vez más en Viena. Bettauer estaba al tanto del ideario nacionalsocialista, intuía que algo se estaba larvando y decidió plasmarlo en esa obra.

A partir de 1924 publicó la revista *Er und Sie [Él y ella: Revista semanal de cultura de la vida y erotismo]*, que más tarde continuó bajo el nombre de *Bettauers Wochenschrift*. La revista causaba escándalos regularmente por su contenido ilustrativo y sensacionalista. Entre otras cosas, abogaba por la ley moderna de divorcio, el aborto y la impunidad de la homosexualidad entre los adultos. Al igual que en los EE UU, también aquí puso en funcionamiento el concepto de la novela en serie.

Así, pues, Hugo Bettauer no solo fue uno de los escritores exitosos de su tiempo, sino también uno de los más controvertidos. Era un protofeminista, un adelantado de la liberación sexual, un luchador por la igualdad de oportunidades; había destapado varios escándalos, y todo eso molestaba a la derecha austriaca. El 10 de marzo de 1925 Otto Rothstock, un técnico dental afiliado al partido nazi, atentó contra Bettauer en su redacción de Viena. El escritor resultó gravemente herido con cinco disparos en el pecho y los brazos, que le produjeron la muerte dos semanas después. El agresor fue declarado culpable pero con atenuantes. Aunque el tribunal ordenó que ingresara en una clínica psiquiátrica, le concedió la libertad apenas 18 meses después, lo cual da una idea de hasta dónde había calado ya el ideario nazi en la sociedad vienesa de los años veinte.

3.3.1. *La ciudad sin judíos: Una novela de pasado mañana* (1922)

Publicada por primera vez en 1922, *La ciudad sin judíos* constituye una sátira premonitoria y feroz del antisemitismo centroeuropeo de los años veinte, que habría de verse superada por la realidad pocos años después, cuando las ciudades europeas fueron vaciadas de judíos y estos acabaron asesinados en masa en los campos de exterminio nazis. Entretejiendo realidad y ficción, la obra nos sitúa en una Viena posterior a la Primera Guerra Mundial, en un momento en que gran parte de su población está desesperada por el desempleo, la inflación y la miseria, y los cabecillas del antisemitismo se apresuran en señalar a los judíos como culpables de esa situación.

En su novela, Bettauer imagina con un humor sarcástico la expulsión de todos los judíos vieneses por un decreto parlamentario a iniciativa del Partido Socialcristiano. Se trata de una medida preventiva y democrática que se aplicará con la máxima suavidad y justicia, «de acuerdo con las exigencias de humanidad y de las condiciones impuestas por la Sociedad de Naciones»,[9] y que tendría la finalidad de proteger la economía de la ciudad y la forma de vida de los «arios austriacos», que se hallan sometidos al dominio judío, tal como reconoce el Canciller Federal en un discurso lleno de cinismo:

9 H. Bettauer, *La ciudad sin judíos,* edición y trad. de Miguel Ángel Vega Cernuda. Madrid: Cátedra, 2016, p. 109.

> «Nosotros estamos dominados, oprimidos, violentados por una minoría [...]. Se han constituido en señores y se han apoderado de toda nuestra vida económica, intelectual y cultural. [...] O nosotros o los judíos. O perecemos nosotros, que constituimos las nueve décimas partes de la población, o perecen los judíos. [...] Los últimos años han multiplicado nuestras miserias por mil, estamos en medio de una bancarrota estatal, nos dirigimos a la disolución, dentro de unos años nuestros enemigos caerán sobre nosotros con la disculpa de eliminar el desorden y harán pedazos nuestro pequeño país... y a pesar de ello los judíos seguirán medrando, floreciendo y dominando la situación, dado que ellos nunca han sido alemanes en su interior, y en las circunstancias cambiantes seguirán siendo unos señores y nosotros los esclavos».[10]

Era ni más ni menos que el trasunto ficticio de la soflama paranoica que los nazis agitarían en los años venideros y que Hitler teorizaría en *Mein Kampf*, obra aparecida el 18 de julio de 1925, tan solo cuatro meses después del asesinato de Bettauer. Una vez expulsados los judíos, no tarda en producirse la debacle económica con el hundimiento de los bancos, del mercado inmobiliario, de los comercios, etc. Un movimiento popular se alzará pidiendo la anulación del decreto y el retorno de los judíos vieneses:

> «Viena se ha convertido en una enorme aldea de millón y medio de habitantes, y si no permitimos que entren de nuevo los judíos, pronto veremos cómo los elegantes comercios de la Kärtnerstrasse se convierten en casetas de feria y en la plaza de San Esteban habrá una feria de ganado. Los vieneses están, en su más profunda intimidad, sumidos en la desesperación por esa decadencia imparable».[11]

Finalmente, después de tres años, regresa el primer judío a Viena. La novela, que comienza con un tajante «¡Fuera judíos!», termina con un vibrante discurso a «Mi amado judío...». Un final feliz, un desenlace esperanzador, que nos recuerda, de golpe, que la obra bettaueriana se escribió antes, y no después, de la solución final. Pese a sus traducciones, pese a su éxito en Europa y EE UU, pese a que se llevó a las tablas e incluso a la gran pantalla austriaca en 1924, huelga decir que esta profética obra no caló lo suficiente en la sociedad. Tal vez porque su carácter satírico no trascendió lo meramente jocoso o tal vez porque nadie quería verse reflejado en el espejo de aquella época.

3.4. Joseph Roth (1894-1939)

Joseph Roth (Brody, 1894 - París, 1939) fue un novelista y periodista austriaco de origen judío que, si bien abrazó férreamente el socialismo durante su juventud, acabó siendo uno de los más acérrimos promotores del legitimismo monárquico en Austria. Estudió Filosofía y Germanística en Leópolis (entonces Lemberg)

10 H. Bettauer, *op. cit.,* pp. 107 y ss.
11 H. Bettauer, *op. cit.,* p. 228.

y Viena. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió como voluntario en el Ejército austriaco, experiencia que, junto con la caída del Imperio austrohúngaro en 1918, marcaría su vida y su obra. Tras la guerra trabajó para la prensa sobre todo de Viena y de Berlín. En 1922 se casó con Friedl Reichler, cuya posterior esquizofrenia sería motivo de crisis permanente para Roth. Su vida transcurrió en un continuo viajar, primero como corresponsal por Europa (Francia, la URSS, Albania, Polonia, Italia…) y luego como exiliado. Durante su estancia en Rusia en 1926 comenzó a dudar de su fe socialista, y empezó entonces a añorar y a idealizar la Monarquía de los Habsburgo.

Periodista de renombre, fue también uno de los más afamados escritores de la Europa de entreguerras, si bien el auténtico éxito internacional como novelista no le llegaría hasta la publicación de *Job* (1930) y, especialmente, de *La marcha de Radetzky* (1932), obra maestra que, junto con su colofón, *La Cripta de los Capuchinos* (1938), ocupa un lugar indiscutible en el canon moderno de las novelas de entreguerras.

Residió en múltiples ciudades europeas, durmiendo en hoteles y escribiendo en cafés a un ritmo frenético. En 1933, Roth emigró para siempre a París huyendo de la amenaza nacionalsocialista. Ese mismo año sus libros fueron prohibidos y quemados en las universidades alemanas, junto con los de otros autores contrarios al espíritu nazi (Werfel, Tucholsky, Remarque o su amigo y protector Stefan Zweig).

El exilio lo destruiría. La falta de esperanza, la frustración, la mala vida, el alcohol, la tristeza, la muerte. El 10 de mayo de 1939, un amigo suyo, el escritor Ernst Toller, se suicidó en Nueva York. La noticia produjo en Roth una conmoción tan profunda que ya no conseguiría recuperarse. Un agonizante *delirium tremens* agravó su neumonía y murió al cabo de unos días.

3.4.1. *La Cripta de los Capuchinos* (1938)

La novela transcurre entre abril de 1913 y marzo de 1938 (desde las vísperas de la Primera Guerra Mundial hasta la anexión de Austria al Tercer Reich, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial), en Viena, Galitzia y Siberia, pero sobre todo en Viena. Franz Ferdinand Trotta, primo de aquel Trotta que cierra el ciclo familiar de *La marcha Radetzky*, es el protagonista y narrador. El joven Trotta empieza describiendo su vida en la Viena refinada, aburguesada y decadente de los años previos a la guerra. El círculo de amistades que frecuenta a la sazón está formado por aristócratas y burgueses ociosos y displicentes. Un día recibe la visita de un primo lejano, un rústico esloveno de nombre Joseph Branco, y luego de un amigo de este, un cochero judío de Galitzia llamado Manes Reisiger, con quienes acaba trabando una estrecha relación de amistad. Desatada la guerra en 1914, Trotta se incorpora al Ejército con el grado de teniente e inmediatamente solicita ser trasladado al regimiento galitziano en el que se han alistado su primo y el cochero. El capítulo bélico acaba de forma «poco gloriosa», con los tres amigos hechos prisioneros por los rusos. Internados en Siberia, sus amigos Branco y Reisiger adelantan el retorno a la patria huyendo de sus captores, mientras que Trotta no regresa hasta 1918.

A su regreso en Viena lo halla todo trastocado y sumido en crisis, incluso su relación con la frustrada esposa. Observa atónito cómo Viena, antaño metrópoli imperial, crisol de pueblos y costumbres, es invadida por los alemanes, que «amaban a los perros lobos», pero odiaban a los judíos. El protagonista-narrador es testigo del declive de un mundo del que cada vez se siente más ajeno; está imbuido de la sensación de pertenecer a una generación que ha sobrevivido a una catástrofe solo para asistir a la siguiente, una generación marcada por el fin de una época y nacida para la guerra y la destrucción.

Hacia el final, ante el advenimiento de las huestes nazis, el protagonista visita la Cripta de los Capuchinos, el panteón de los emperadores austriacos en el corazón de Viena, y allí confiesa su desolación. Este será el punto culminante de la novela, el momento en que la cripta irradia todo su simbolismo como fin de una era y como remate apocalíptico al que se había visto abocada la sociedad vienesa tras la Gran Guerra.

Joseph Roth es, en todo caso, uno de los escritores más representativos de una generación abocada al desarraigo y al desamparo en el drástico viraje que acontece tras la Primera Guerra Mundial. Testigo y cronista de la evolución política austriaca, es uno de los autores que mejor capta el sentir de esta época. En sus páginas no pretende sustraerse de su condición de periodista; más bien al contrario: su obra rezuma la lectura diaria y crítica de la prensa, el trasiego social de los cafés, la vivencia y la observación reflexiva de quien viaja solo. No se recrea en el belicismo, ni mucho menos hay en su novela descripciones truculentas para referirse a la guerra; pero su prosa hace sentir profundamente el horror, las vidas deshechas y el desencanto de una posguerra sin visos de mejora.

Como Zweig, Roth se lamenta al recordar cómo una generación de jóvenes, poseída por sentimientos patrioteros y de camaradería, había acabado siendo negligente hasta la estupidez y arrogante hasta el ridículo. Desde la distancia del recuerdo, el narrador distingue los signos de la muerte en cada uno de los brindis, en cada una de las manifestaciones del ingenuo entusiasmo de su juventud:

> «Para guardar las formas, como pretexto y para tranquilizar a mi madre, me había matriculado en Derecho. Evidentemente, no estudiaba. Ante mí se extendía la gran vida, una pradera repleta de colores, apenas limitada por la línea de un horizonte lejano, muy lejano. Me movía en el ambiente alegre y licencioso de los jóvenes aristócratas, aquel estrato del viejo Imperio que, junto con el de los artistas, más me gustaba. Compartía con ellos la frivolidad escéptica, la impertinencia melancólica, la desidia pecaminosa, el abandono arrogante, todos los síntomas de la decadencia, que por entonces ni siquiera vislumbrábamos. Sobre las copas de las que bebíamos alborozados, la muerte extendía ya, invisible, sus descarnadas manos.»[12]

La muerte, la aniquilación, es el *leitmotiv* de la novela. Nada pervive: ni familia, ni amigos, ni amores, ni costumbres, ni negocios, ni un imperio. El protagonista se queda absolutamente solo ante una Viena que agoniza. Trotta, como el

12 J. Roth, *La Cripta de los Capuchinos,* edición y trad. de David Pérez Blázquez, Madrid, Cátedra, 2019.

mismo autor, apela a la memoria, reclama su vigencia, se refugia en el pasado, en la sepultura del símbolo de una época, la del emperador Francisco José I de Austria.

Se trata, en suma, de una novela crepuscular en la que se bosqueja una visión idealizada del Imperio austrohúngaro como aglutinador de múltiples etnias. El relato —observador y sugestivo, nostálgico y crítico, irónico y pesimista— va trazando una imagen particular del ocaso de la Monarquía de los Habsburgo y del sentir de una época, que culmina con el fin de Austria como Estado independiente tras su anexión al Reich alemán en 1938. La pérdida de la patria y la nostalgia de un orden social ya extinto, vinculado a la tradición y al rígido entramado de la Monarquía, son motivos recurrentes de esta novela. En ella, como en toda la obra narrativa de Roth, se refleja el destino de una generación para la que la decadencia del Imperio danubiano no solo supuso un desmoronamiento material, sino también una profunda desolación espiritual.

3.5. Stefan Zweig (1881-1942)

El más famoso de esta tríada de autores fue Stefan Zweig, a quien puede presentarse con sus propias palabras:

> «Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso —la monarquía de los Habsburgos—, pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crie en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana. En la lengua en que la había escrito y en la tierra en que mis libros se habían granjeado la amistad de millones de lectores, mi obra literaria fue reducida a cenizas. De manera que ahora soy un ser de ninguna parte, forastero en todas [...]. También he perdido a mi patria propiamente dicha, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que ésta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas».[13]

Stefan Zweig, conservador y humanista, hijo de buena familia burguesa y judía, se crio en la esplendorosa Viena finisecular, en cuya Universidad estudió Filosofía e Historia de la Literatura. Aunque era de origen judío («por un accidente de nacimiento», decía) y fue perseguido por los nazis, nunca se sintió atraído por el sionismo. Cultivó varios géneros con una temática igualmente variada: hizo periodismo, tradujo y escribió poesía, teatro, novela, ensayos políticos, relatos históricos tan magistrales como los *Momentos estelares de la humanidad* y biografías, algunas muy conocidas, como las dedicadas a María Antonieta, a Fouché o a María Estuardo. Pese a que desde su juventud fue un autor prolífico y muy exitoso, se centró más en trabajar a favor del humanismo europeo que en sus propias creaciones literarias.

Mantenía una relación de amistad con las personalidades más influyentes de la época: Freud, Einstein, Thomas Mann, Hermann Hesse, Strauss, Dalí, Gorki,

13 S. Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo,* trad. J. Fontcuberta y A. Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2004, p. 10.

Rilke, Rodin, Toscanini o el mismo Joseph Roth. La solvencia económica de su familia le permitió viajar por todo el mundo y vivir en varias capitales europeas: París, Londres, Berlín… Luego marchó a la India, en 1910, y luego a EE UU, a África, a la Unión Soviética, etc. Estaba convencido de que para entender cabalmente su tierra y su cultura debía salir de ellas. Así adquirió la gran conciencia de tolerancia que ha quedado plasmada en sus obras, que fueron, además, unas de las primeras en protestar contra la intervención de Alemania en la Primera Guerra Mundial.

Durante la Primera Guerra Mundial sirvió algún tiempo en el Ejército austrohúngaro como empleado del Archivo de Guerra *(Kriegsarchiv)* de Viena, ya que había sido declarado como no apto para el combate. Por más que siempre se hubiera declarado contrario a la guerra, desconocemos hasta qué punto y de qué grado pudo haber colaborado entonces en la propaganda belicista. Lo que sí es cierto es que en esta época escribió su *Jeremías,* obra antibélica en forma de pieza teatral bíblica basada en la guerra europea. Sus convicciones antibelicistas, influidas en gran medida por su amigo Romain Rolland, le habían llevado a exiliarse en Zúrich. Durante su exilio suizo trabajó como corresponsal de la prensa libre vienesa y para algunos periódicos húngaros.

Después del armisticio de 1918 pudo retornar a Austria: volvió a Salzburgo, donde en 1920 se casó con la que sería su primera mujer. Allí estableció su domicilio durante varios años, en los que viajaría y escribiría incansablemente. En 1933 sus libros fueron prohibidos en Alemania por el régimen nazi junto con los de otros 148 autores. Tras el aumento de la influencia nazi en Austria, Zweig vivió un tiempo en Londres, y en 1934 inició una serie de viajes por América del Sur.

En 1938 se divorció de su esposa, Friderike, y al año siguiente se casó con Charlotte Elisabeth Altmann. Tras el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Zweig se trasladó a París y, poco después, al Reino Unido, país donde obtuvo la ciudadanía. Vivió en Bath y Londres antes de viajar a los Estados Unidos, República Dominicana, Argentina y Uruguay, con motivo de un ciclo de conferencias.

En 1941 se estableció en el que sería su último país de residencia, Brasil. En Petrópolis, desesperados ante el futuro de Europa, el 22 de febrero de 1942, él y su esposa se suicidaron. Aun en el exilio, a miles de kilómetros de su Austria natal, no pudo soportar las atrocidades de otra guerra; no podía cerrar los ojos a la realidad, pero mucho menos a los recuerdos. Sus criados los encontraron abrazados sobre la cama; había dos vasos con veneno sobre la mesilla de noche y cuatro cartas despidiéndose de sus amigos. Zweig había escrito: «Creo que es mejor terminar en un buen momento y de pie una vida en la cual la labor intelectual significó el gozo más puro y la libertad personal el bien más preciado sobre la Tierra».

3.5.1. *El mundo de ayer: Memorias de un europeo* (1939-1941)

Apenas hacía unos meses que había terminado de escribir su autobiografía *El mundo de ayer: Memorias de un europeo.* La empezó en 1939, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, y la terminó en 1941, poco antes de suicidarse. Sería publicada a título póstumo en 1942 por la editorial Bermann-Fischer, en Estocolmo.

El libro es un panegírico a la cultura europea que consideraba para siempre perdida. Se trata, como decimos, de una mirada retrospectiva de su vida y de su

época hasta 1939. Zweig advierte de que las escribe en plena guerra, en el extranjero y sin nada que ayude a su memoria. Mezcla impresiones de la vida vienesa y europea anterior a la Primera Guerra Mundial con determinados recuerdos personales, pero, en cualquier caso, es una memoria reservada, en la que no se menciona nada de su peculiar vida sentimental.

Zweig señala sin reparos los defectos de esa sociedad desaparecida (la pobreza de grandes sectores de la población, la permanente minoría de edad de las mujeres, la hipocresía sexual), pero añora también con pasión (que, como en otras obras suyas, tan bien sabe transmitir) el ideal de progreso indefinido y la ferviente fe en el ser humano, que luego se esfumaron para siempre en las trincheras de la Gran Guerra. Habla de los avances en el ámbito jurídico, en el social, de cómo el confort salió de las casas señoriales para entrar en las burguesas, de cómo se extendía la higiene, se practicaba deporte, había más salud, etc., y de que todos esos milagros eran obra de la ciencia y el progreso.

En aquel mundo burguesamente estabilizado no pasaba nunca nada repentino. Era un mundo ordenado, con estratos bien definidos y transiciones serenas, un mundo sin odio. «El ritmo de las nuevas velocidades no había pasado todavía de las máquinas —el automóvil, el teléfono, la radio y el avión— al hombre».[14] El sentimiento de paz y seguridad era lo que reinaba en el Imperio austrohúngaro:

> «En aquel vasto imperio todo ocupaba su lugar, firme e inmutable, y en el más alto de todos estaba el anciano emperador; y si éste se moría, se sabía (o se creía saber) que vendría otro y que nada cambiaría en el bien calculado orden. Nadie creía en las guerras, las revoluciones ni las subversiones. Todo lo radical y lo violento parecía imposible en aquella era de la razón».[15]

Y en otro lugar explica:

> «Se creía tan poco en recaídas en la barbarie [...] como en brujas y fantasmas; nuestros padres estaban plenamente imbuidos de la confianza en la fuerza infaliblemente aglutinadora de la tolerancia y la conciliación. Creían honradamente que las fronteras de las divergencias entre naciones y confesiones se fusionarían poco a poco en un humanismo común y que así la humanidad lograría la paz y la seguridad, esos bienes supremos».[16]

Los títulos de algunos de los capítulos (*Eros matutinus* o *Universitas vitae,* por ejemplo) evocan, sin duda, una cultura humanista y el frescor de esa esperanza en el futuro, que quedarían destrozados por los primeros desórdenes del siglo xx. Pero es, en efecto, el momento en que la Viena cosmopolita, despreocupada y conciliadora dio paso al odio:

> «Sólo las décadas venideras demostrarán el crimen cometido contra Viena con el intento de nacionalizar y provincializar esta ciudad, cuyo sentido y cultura consistían precisamente en el encuentro de elementos de lo más

14 S. Zweig, *op. cit.,* p. 46.
15 S. Zweig, *op. cit.,* p. 18.
16 S. Zweig, *op. cit.,* p. 20.

> heterogéneo, en su supranacionalidad. Pues el genio de Viena [...] había consistido desde siempre en armonizar en su seno todos los contrastes nacionales y lingüísticos, y su cultura era una síntesis de todas las culturas occidentales. [...] Pobres y ricos, checos y alemanes, judíos y cristianos convivían pacíficamente a pesar de las burlas ocasionales, e incluso los movimientos políticos y sociales carecían de esa horrible hostilidad que, convertida en residuo venenoso, no penetró en la sangre de la época hasta después de la Primera Guerra Mundial».[17]

Zweig consideraba «un deber» dar fe de aquella vida, porque todo el mundo en su generación se había visto obligado a convertirse en testigo de esas gigantescas transformaciones, porque no hubo posibilidad de quedarse fuera de juego. Estaba convencido de que su esfuerzo no sería en vano si con su testimonio lograba transmitir a la próxima generación aunque fuera una pavesa de las cenizas de aquella época.

A los hombres de entonces, diría Zweig, les resultaba fácil reírse «de la ilusión optimista de aquella generación, cegada por el idealismo, para la cual el progreso técnico debía ir seguido necesariamente de un progreso moral igual de veloz».[18] Y es que, en efecto, tras la guerra, la generación de Zweig, Roth y Bettauer se mostraría escéptica ante la posibilidad de educar moralmente al hombre; renegaría de la religión de sus padres, de la fe en un progreso rápido y duradero de la humanidad.

Pero, pese a sus experiencias y desengaños, Zweig no puede desprenderse de aquella ilusión magnífica y noble, mucho más humana y fecunda que las consignas posteriores, y confesará:

> «Lo que un hombre, durante su infancia, ha tomado de la atmósfera de la época y ha incorporado a su sangre, perdura en él y ya no se puede eliminar. [...] No puedo renegar del todo de la fe de mi juventud y dejar de creer que, a pesar de todo, volveremos a levantarnos un día».[19]

3.6. Conclusiones

La suerte del Imperio austrohúngaro fue la propia de todo imperio: gozó de una época de esplendor, durante el fin de siglo europeo, y se desmoronó por sobreextensión, por agotamiento económico y por la imposible cohesión entre los distintos pueblos que lo componían. Como potencia perdedora de la Primera Guerra Mundial, tuvo que soportar, además, la imposición de una serie de medidas que terminaron por socavar sus bases y extinguir cualquier rescoldo de su glorioso pasado. Sin embargo, su caso reviste un interés especial debido a que ningún otro imperio dispuso de una concentración de talento tan extraordinaria a la hora de analizar tanto las causas de su crisis como la psicología de su colectividad y de su época. Con Zweig, con Roth y con Bettauer tenemos una muestra, pequeña pero

17 S. Zweig, *op. cit.*, p. 44 y s. Estas mismas ideas de la supranacionalidad y de Viena como crisol cultural también las había expresado Roth de forma coincidente en *La Cripta de los Capuchinos*.
18 S. Zweig, *op. cit.*, p. 21.
19 S. Zweig, *op. cit.*, p. 21 y s.

representativa, de la contribución de los escritores austrohúngaros a esa tarea de interpretación. Interpretación que, por supuesto, puede y debe completarse con otras perspectivas, con otras lecturas, como las del incendiario Karl Kraus o las de Robert Musil en su sarcástica historia de *Kakania.*

Constituyen, en definitiva, tres relatos, tres testimonios, tres espejos, que captan con sorprendente nitidez el espíritu de su tiempo, el antes y después de la Viena de la Gran Guerra. Stefan Zweig describe magistralmente el arranque de nuestra contemporaneidad. Nos muestra en su obra lo que llegó a ser la civilización occidental y en qué acabó convertida. Por su parte, Joseph Roth deja ver la desesperación y la desesperanza ante un inminente apocalipsis, una desolación acentuada por aquella nostalgia del Imperio austrohúngaro, del «paraíso perdido», que embargó a los escritores que asistieron a su derrumbe. Su novela termina precisamente en el momento en que había dado comienzo la distopía bettaueriana: con una Viena que corea consignas nazis por la calle y que expulsa de ellas a sus ciudadanos judíos. Así, advirtiendo a sus conciudadanos, adelantándose con una sátira admonitoria que resultó ser premonitoria, había reaccionado Bettauer al odio antisemita que comenzaba a enquistarse en Viena.

Pero también la vida misma de los autores supera lo literario y puede ser motivo de reflexión. El relato de sus desdichadas vidas, como testigos, partícipes y al cabo víctimas de los acontecimientos, certifica la autenticidad y perspicacia de sus obras. Siendo personajes de talantes vitales e ideológicos tan distintos, y más allá de los paralelismos inmanentes a su persona y a sus circunstancias natales (eran austrohúngaros, de origen judío, germanoparlantes, periodistas, viajaron mucho, se entusiasmaron con la Primera Guerra Mundial, etc.), los tres coincidieron en ofrecer al público una literatura comprometida con la sociedad y su tiempo. Dieron cuenta de forma concomitantemente pesimista de los nuevos derroteros sociales y políticos de la posguerra, de la deshumanización, de lo que significaron el fin del Imperio y unos malogrados tratados de paz que no hicieron sino aventar las llamas del nacionalsocialismo. Vieron en la obra estética el medio más poderoso a su alcance para apelar a la razón y a los sentimientos, así como para poder transmitir con eficacia una realidad alarmante.

Ninguno de los tres llegó a conocer el dramático desenlace de aquella tragedia de la que habían advertido poniendo todo su empeño literario y que ya se cernía de forma inminente sobre Europa y el mundo. Aún vivo el recuerdo de unos esplendorosos tiempos pasados y de la dramática experiencia de una guerra, no soportaron las descorazonadoras expectativas de un futuro que tan certeramente acabaron presagiando. Y el destino hizo que rubricasen sus páginas con su propia sangre: Bettauer, acribillado a balazos por un filonazi en 1925 en Viena; Roth, abandonado al lento y agónico suicidio de una dipsomanía que en 1939 atajó su mala vida en el exilio parisino, y Zweig, despidiéndose para siempre de aquel *mundo de ayer* en Petrópolis en 1941.

3.7. Referencias bibliográficas

BETTAUER, Hugo. *Die Stadt ohne Juden. Ein Roman von übermorgen.* Viena: Gloriette Verlag, 1922.

BETTAUER, Hugo. *La ciudad sin judíos.* Ed. y trad. de Miguel Ángel Vega. Madrid: Cátedra, 2016.

BLASCO, José Antonio. «La Viena Roja y la vivienda como utopía social: el caso de las Höfe», en *Urban Networks,* 1 de abril de 2012, en línea: <http://urban-networks.blogspot.com/2012/04/la-viena-roja-y-la-vivienda-como-utopia.html>.

CLARK, Christopher. *The Sleepwalkers. How Europe Went to War in 1914*. Londres: Allen Lane, 2012.

HITLER, Adolf. *Mein Kampf.* Eher Verlag, 1925.

MAGRIS, Claudio. *Il mito absburgico nella letteratura austriaca moderna.* Turín: Einaudi, 1963.

MARTINO, Pilar y M. Á. Vega (coord). *La Gran Guerra en la literatura y las artes. Análisis de testimonios.* Madrid: Ommpress, 2018.

MCMILLAN, Margaret. *The War that Ended Peace. How Europe Abandoned Peace for the First World War.* Londres: Profile, 2013.

PROCHNIK, George. *El exilio imposible. Stefan Zweig en el fin del mundo.* Trad. Ana Herrera Ferrer. Barcelona: Ariel, 2014.

REMARQUE, Erich Maria. *Im Westen nichts Neues.* Berlín: Propyläen Verlag, 1929.

ROTH, Joseph. *Die Kapuzinergruft.* Ed. de Werner Bellman. Stuttgart: Reclam, 2013.

ROTH, Joseph. *Joseph Roth: Briefe 1911–1939.* Ed. e introd. de Hermann Kesten. Köln/Berlin: Kiepenheuer & Witsch, 1970.

SUTTNER, Bertha von. *Die Waffen nieder! Eine Lebensgeschichte.* Dresde/Leipzig, 1889.

SUTTNER, Bertha von. *¡Abajo las armas!* Ed. y trad. de Olga García. Madrid: Cátedra, 2014.

ZWEIG, Stefan. *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers.* Estocolmo: Bermann-Fischer, 1942.

ZWEIG, Stefan. *El mundo de ayer. Memorias de un europeo.* Trad. de J. Fontcuberta y A. Orzeszek. Barcelona: Acantilado, 2001.